

EN MEMORIA DEL EXCMO. SR. D.
ENRIQUE DE LA VEGA VIGUERA

EN MEMORIA DE ENRIQUE DE LA VEGA

por ROGELIO REYES CANO

Excmos e Ilmos. Señores Académicos
Familiares y amigos de Don Enrique de la Vega
Señoras y Señores :

Nos reunimos esta noche en Sesión Pública y Extraordinaria para recordar y rendir homenaje a nuestro querido compañero el Excmo. Sr. Don Enrique de la Vega Viguera, fallecido, como ustedes saben, en el mes de septiembre del pasado año. Es una tradición de esta Academia, por desgracia muy repetida en los dos últimos años, celebrar estas sesiones necrológicas que quieren ser una muestra del sentimiento de pesar de nuestra Corporación por la pérdida de uno de sus miembros de número y un signo de reconocimiento a la labor científica e intelectual del compañero y el amigo que se nos fue. Y aunque no cabe duda de que en el orden humano todas las pérdidas son igualmente dolorosas, hay ocasiones muy especiales en las que a ese sentimiento de pesar hay que añadir también una triste sensación de vacío que no resulta fácil de llenar ni siquiera con la ayuda de la memoria. Esto es, sin la menor duda, lo que nos está ocurriendo con la muerte de Enrique de la Vega, cuya desaparición, aunque relativamente esperada, nos ha golpeado a todos de un modo particularmente intenso y ha dejado en la Academia esa sensación de vacío.

Yo diría que por dos motivos fundamentales : uno de índole estrictamente académico e institucional y otro de carácter más personal

y humano. El primero no necesita de demasiada explicación, pues, como todos ustedes saben, Enrique de la Vega ha sido un notable hombre de estudio que ha dejado tras de sí una extensa labor investigadora en el campo de la historiografía militar en general y de la historia militar de Sevilla en particular, con aportaciones que hoy resultan indispensables para el conocimiento de esa parcela de la historia de España. Sus trabajos sobre la Pirotecnia militar y la Fábrica de Artillería de Sevilla, sobre el Regimiento de Artillería nº 14 o sobre la Capitanía General de Andalucía, por citar sólo los más relevantes, son otros tantos exponentes de una sostenida vocación de investigador que ha mantenido con entereza y enorme capacidad de trabajo hasta el último momento. Él representaba dentro de nuestra Academia la imagen ya clásica del militar humanista, reflejo de esa integración entre armas y letras que ha sido una constante en la tradición cultural de nuestro país. Con su desaparición la Academia pierde, por tanto, a un especialista en ese importante campo del saber.

Pero más allá de ese perfil investigador, había en Enrique de la Vega un talante y una actitud personal de entrega a la Academia que hacen aún más dolorosa su pérdida y subrayan más intensamente ese vacío. Y son esas virtudes académicas las que hoy quiero ponderar de modo muy especial como Director de Buenas Letras de Sevilla.

Creo que reflejo muy bien el sentir de todos mis compañeros si recuerdo que Enrique mantenía con esta Corporación una relación que desbordaba con creces las ordinarias obligaciones de un académico de número. No era sólo un asiduo y disciplinado asistente a nuestras sesiones de los viernes, en las que disertaba con mucha frecuencia, sino un hombre implicado como pocos en la marcha diaria de esta Casa, un incansable organizador y animador de sus actividades; una persona que nunca soslayó las responsabilidades en la Junta de Gobierno cuando le fueron solicitadas al poco de su ingreso como miembro de número en el año 1983. Fue primero Secretario, durante el mandato de Don Francisco Morales Padrón, y más tarde Depositario en los tres mandatos de Don Eduardo Ybarra Hidalgo. Estaba atento a todo y nos ayudaba a todos; dedicaba muchas horas de su tiempo a la Academia, que frecuentaba varios días a la semana, y en su ilusión por dotarla de medios y acrecentar su prestigio, llevaba adelante, con su capacidad de trabajo y su proverbial sentido del orden, las labores más variadas, desde las más difíciles y empeñati-

vas de carácter genuinamente académico hasta las más mecánicas y modestas, pues su extrema sencillez no le permitía falsos orgullos.

De todas ellas subrayaré sólo las dos más importantes. En primer lugar la práctica dirección de nuestro boletín anual- el titulado *Minervae Baeticae*, al que le dedicó mucho tiempo de su vida. Él se ocupaba prácticamente de todo : de reclamar y reunir los originales, de ordenarlos en las páginas de la revista, de las relaciones con la imprenta..., y de que el boletín llegase puntualmente a las manos de los académicos en el mes de diciembre de cada año. Sólo quien ha tenido alguna vez la responsabilidad de dirigir una revista sabe cuántos esfuerzos cuesta sacar adelante, número tras número, semejante empeño.

Quiero también aludir a uno de los últimos y más estimables trabajos académicos de Enrique de la Vega. Me refiero a la elaboración de una utilísima *Historia resumida de la Real Academia Sevillana de Buenas Letras (1751-1997)*, publicada en 1998, recopiladora de una amplísima información extraída de nuestros archivos que luego, una vez ordenada y sistematizada por él, se ha convertido en una obra de obligada consulta para conocer la trayectoria de nuestra institución.

He dicho al principio que el vacío que su desaparición ha dejado en nuestra Academia obedecía también a motivos de índole personal, a auténticas razones de amistad en las que en estos momentos deseo poner especial énfasis. Estoy seguro de que también en esto no hago otra cosa que trasladar a ustedes el juicio dominante entre los académicos. Enrique de la Vega era un hombre que se hacía querer, y de eso pude darme cuenta muy pronto, al percibir el gran afecto que le tenían no sólo los compañeros de Corporación sino todos los empleados de esta Casa, con quienes compartió a lo largo de bastantes años muchas jornadas de trabajo y de amigable trato. Por eso esta noche quiero hacerme también portavoz de estos últimos: de Don Dionisio Punta, Don Manuel García y Don Pedro Barrero, unidos a todos nosotros en el cariñoso recuerdo de Don Enrique, que fue para ellos, como me han dicho muy gráficamente, un superior y al mismo tiempo un amigo.

Los académicos que me han de seguir en el uso de la palabra y que tuvieron con él un trato más prolongado que yo, podrán sin duda darnos más precisa cuenta de su persona y de su obra, e ilustrarnos con

detalles humanos muy reveladores de su modo de ser. Por lo que a mí respecta, he de decir que mi afecto por él, siempre correspondido, nació muy pronto, a poco de conocerlo. Cuando llegué a esta Academia en el año 1991 sabía, por supuesto, quién era Enrique de la Vega, y había oído hablar de sus libros, algunos de los cuales conocía. Pero no tenía formada ninguna idea acerca de su persona. Pronto pude percatarme de que Enrique era una mezcla de seriedad castrense y de simpatía natural ; de firmeza de ideas y de hombría de bien ; de rigor en sus convicciones y al mismo tiempo de profundo respeto a las convicciones de los demás. Muy firme y consecuente con su visión del mundo y su sistema de valores – en un momento histórico nada propicio-, pero tolerante con los ajenos. Era, además, bondadoso y servicial en grado sumo. En él la milicia, más que una profesión en sentido estricto, parecía ser en verdad una condición personal, un talante, un modo de ser que comportaba toda una ética de la vida, subrayada también por una sostenida fe religiosa que le acompañó hasta los días finales. Tenía – y ésa me parecía una de sus mayores virtudes- un sentido muy cabal de la amistad. Era amigo de sus amigos, y apostaba sin reparos por las personas que a él le parecían valiosas.

Pero de este rico perfil humano de Enrique de la Vega lo que con más firmeza guardo y guardaré en mi memoria será, sin duda, la figura de un hombre machadianamente “bueno” que, más allá de su talante investigador, de su gran capacidad de trabajo y de sus valiosas aportaciones a la historia de Sevilla, por las que con toda justicia fue nombrado miembro de número de esta Real Academia, entregó a esta Casa muchas horas de su tiempo y contribuyó en gran medida a acrecentar su prestigio. Quienes en el futuro continúen escribiendo esa *Historia de la Academia* que él cerró en el año 1997, al manejar los papeles, habrán de encontrarse una y otra vez con su nombre y con sus escritos, con sus actas y sus documentos, y sobre todo con su sostenida presencia inmaterial detrás de todas los actos organizados por esta Corporación a lo largo de sus diecisiete años de académico. Y tendrán que contar necesariamente con los resultados de esa entrega y de esa fidelidad, que en él eran natural consecuencia de un sentido del deber llevado a la vida académica con la misma seriedad que lo había practicado en la vida castrense. No resulta nada fácil mantener con dignidad la virtud de la coherencia. Y ese ha sido, en mi opinión, el mayor activo y el mejor ejemplo que nos ha dejado Enrique de la Vega.